

Jaume Peris Blanes (ed.): *Cultura e imaginación política*. México/París, RILMA2/ADEHL, 2018, 185 pp.

Uno de los debates contemporáneos más fecundos ha sido el promovido a propósito de la imaginación, entendida esta como el pensamiento en torno a la definición y percepción de lo que es posible e imposible. En las últimas décadas, la reflexión sobre los límites de la realidad ha venido acuciada por los efectos devastadores del capitalismo en nuestras sociedades. La precarización de la existencia ha movilizado a los sujetos y llenado las asambleas y las calles con proclamas en defensa de la dignidad. También, desde algunos sectores académicos, se han abierto espacios de disenso y producido una densa bibliografía que ha nutrido y fundamentado la discusión pública. *Cultura e imaginación política* es una de sus contribuciones más recientes.

En este libro, editado por Jaume Peris Blanes, profesor e investigador de la Universitat de València, nos encontramos con una serie de artículos de diferentes autores que exploran, desde diversos cauces analíticos, el terreno de la imaginación. A diferencia de otros trabajos, orientados casi exclusivamente a la investigación sociológica y política, la principal particularidad de este radica en que incorpora una tercera dimensión: la de la cultura y su capacidad de intervenir en nuestra forma de experimentar el mundo. Especialmente, los ensayos de esta obra tratan de visibilizar aquellas prácticas culturales que escapan a las lógicas de poder hegemónicas para desnaturalizar el constructo neoliberal e imaginar realidades alternativas. Ese es el hilo que enhebra las diferentes propuestas de este libro y que, en palabras del editor, zurce “la preocupación, tanto ciudadana como académica, por el modo en que las formas contemporáneas de la imaginación influyen y determinan no solo las formas y prácticas culturales sino, sobre todo, nuestras formas de vida” (3).

En un loable esfuerzo por clarificar una problemática tan amplia y compleja, observamos que la obra comienza con una serie de planteamientos más generales que funcionan como trasfondo teórico del resto de textos que la conforman. El primero de ellos es el de Peris Blanes, que centra su interés en las disputas colectivas sobre lo imaginable en el campo cultural. El autor advierte que las producciones culturales más visibles de las últimas dos décadas han contribuido a secuestrar y bloquear la imaginación política del presente dificultando la articulación de alternativas al modelo de sociedad que propone el neoliberalismo. No obstante, destaca la existencia de otros discursos y prácticas culturales que han vehiculado una ideología política disidente y creado espacios deliberativos. Es el caso de la novela antagonista, etiqueta a la que se adscribe

un corpus de textos heterogéneos, escritos por autores de diferente signo ideológico, pero que comparten dos aspectos básicos. Por un lado, su crítica a la lógica capitalista, tal como reflejan las novelas *El año que tampoco hicimos la revolución* (Colectivo Todoazén, 2005), *Inmediatamente después* (E. Fernández, 2008) o *La trabajadora* (E. Navarro, 2014). Por otro, la pugna por la verosimilitud social a partir de la narrativización de otras subjetividades y de relatos triunfantes del cambio, como son los que forman parte del proyecto literario de B. Gopegui (*El padre de Blancanieves*, 2007, entre otras).

De forma complementaria, Miguel Ángel Martínez piensa también sobre la imaginación pero en su interacción con la esfera política. Así, delinea una genealogía de las distintas teorías políticas del siglo xx que han abordado la evolución histórica de las formas de poder y se detiene en el examen del devenir contemporáneo de la biopolítica. A partir de la conceptualización de la biopolítica y de la descripción de su funcionamiento, el autor analiza sus dos declinaciones principales, la tanatopolítica (Agamben, Mbembe) y la biopolítica (Foucault, Negri, Berardi), y plantea la existencia de una articulación compleja entre ambas. Dicha interrelación podría explicarse a partir del concepto de *immunitas* de R. Esposito. La deriva inmunológica de la biopolítica, en consonancia con los valores del neoliberalismo, ha orientado sus prácticas a la diferenciación y protección de unos individuos frente a otros. Ello ha conducido, cada vez con mayor frecuencia, a una situación de exceso de inmunización en la que los cuerpos reaccionan contra sí mismos. Martínez propone observar aquellos procesos en los que se produce ese quiebre para transformar las dinámicas inmunitarias de manera que, en lugar de llegar a ese estado de implosión, los cuerpos se abran al contagio con los otros cuerpos, de manera que la *imaginación política de lo viviente* (D. Link) torne en "imaginación política de lo común" (42).

Tomando como punto de referencia este esbozo teórico sobre la relación entre cultura, política e imaginación, el resto de textos reunidos se orienta hacia el análisis de lenguajes culturales específicos, con especial atención al literario. El primero de ellos dialoga con el lamento ante la pérdida y el desanclaje de la clase media, representados en buena parte de las conocidas como "novelas de la crisis". En su ensayo, David Becerra Mayor analiza algunas de ellas. Con particular énfasis, muchas de estas obras señalan los efectos del capitalismo en la precarización de la vida y del trabajo tras la crisis económica de 2008; efectos que se traducen en enfermedades psíquicas, como el cuadro depresivo que sufre el protagonista de *Democracia* (P. Gutiérrez, 2012) tras su despido, y en desajustes emocionales, como los que atraviesan las historias de amor en *La edad media* (L. Cano, 2016). Otras novelas acusan la estrategia del relato dominante consistente en la desfocalización del carácter sistémico de la recesión económica y la responsabilización de sus efectos a los individuos que la padecen. Así sucede en *El instante de peligro* (M. A. Hernández, 2015), en que se denuncia la vulneración del sistema universitario español y del cuerpo docente tras la aplicación del Plan Bolonia. Un último grupo de relatos es aquel que convierte la nostalgia del desclasamiento en diversas formas de imaginación y acción política: ya sea a partir de la construcción de un discurso sobre la noción de pueblo, como propone *El viaje a pie de Johann Sebastian* (C. Pardo, 2014); la recuperación artística de la ciu-

dad en *Democracia*; el *haktivismo* en *Acceso no autorizado* (B. Gopegui, 2011); o el despunte de una violencia espontánea surgida de la experiencia del desahucio en *A la puta calle* (C. Fallarás, 2013).

En relación a otra clase social, la clase obrera, Ángela Martínez Fernández propone una lectura inversa de la misma a la creada y difundida por los relatos dominantes que han tratado de disolver o anular su existencia y potencia política. A través de mecanismos de invisibilización, que acusan su aparente obsolescencia, y de estigmatización, que ofrecen una imagen estereotipada, se han producido una serie de narrativas que han propiciado la incapacidad para pensar y articular una identidad colectiva obrera; incapacidad alimentada, a su vez, por el miedo de caer en una situación de posible desamparo estatal y el deseo de acceder a la clase media como garante del bienestar social. Frente a ello, la autora destaca la urgencia de una “disputa terminológica, identitaria y sistémica que abra los límites de nuestra imaginación política” (71) y se detiene en el análisis de una de las tomas de palabra realizadas por los obreros en la sociedad española actual. Se trata del libro *Somos Coca-Cola en lucha* (2016), un conjunto de testimonios escritos a raíz de la activación de un E.R.E que afectó en 2014 a 1250 trabajadores de cuatro fábricas de Coca-Cola. Martínez Fernández argumenta que el valor de esta obra radica en que posibilita que la voz de los obreros penetre en la dimensión pública, generando otras representaciones sobre la identidad, el trabajo y la lucha obrera, al tiempo que desmonta los presupuestos culturales hegemónicos mediante la desautomatización de la función autorial y la colectivización tanto de la enunciación de los testimonios como de la construcción y edición del texto.

Virando el rumbo hacia otros senderos literarios, Raúl Molina Gil esboza un panorama del campo poético español a partir de los 80. En dicho momento, observa la emergencia de dos tendencias enfrentadas que definirán la poesía española hasta la actualidad. Mientras que advierte la centralización de las propuestas más conservadoras de la Poesía de la Experiencia –L. García Montero y el Grupo de Granada–, por otro lado, destaca el papel de autores como J. Reichmann y su Poesía Practicable, que abrieron un espacio rupturista para voces críticas con el *establishment*. Ya en los 90, señala que los debates poéticos gravitaron en torno a la visibilización u ocultación de los efectos del neoliberalismo y contraponen versos de autores que reafirman el modelo de sociedad burguesa en defensa de la clase media –ej.: B. Prado– con otros que defienden la liberación de la imaginación política desde una Poesía de la Conciencia Crítica –ej.: M. Escalera o el colectivo Alicia Bajo Cero–. Llegados los 2000, encuentra que esa rivalidad se ha distendido y acusa la falta de consolidación y fundamentación teórica de los jóvenes poetas como motivo posible de la disparidad de propuestas. Concluye que, de momento, se han ido definiendo a través de movimientos generacionales –sirva de ejemplo la antología *Tenían 20 años y estaban locos* (L. Miguel, 2011)–, pero también han llevado a cabo prácticas que han participado en acciones colectivas y políticas tomando espacios públicos e institucionales, como fueron los recitales del grupo *Poetiks* en Valencia que acompañaron a las reivindicaciones del 15M.

También en el ámbito de la poesía, Núria Girona Fibla reflexiona sobre la relación entre escritura y comunidad a partir del análisis de la poética de Ch. Maillard. Aunque fundada en la experiencia del dolor y del duelo, su poesía no persigue la habitual identificación entre poesía y biografía ni la exaltación poética de la vivencia íntima, sino que en ella la escritora se extraña, se despoja de los atributos privativos de la identidad y se rencuentra en la esfera de una subjetividad cualquiera, entre nadie y todos. Este ejercicio de desplazamiento hacia la impersonalidad, que se consigue mediante la tensión de un lenguaje mínimo, llega a su máxima expresión en *Hilos* (2007). La autora destaca en esta obra la expresión de una poética cualquiera; una poética que enuncia el deslizamiento de un yo aquejado por el malestar de un vacío compartido hacia un nosotros que, más allá de las diferencias individuales, es “figura de vida para pensar cómo vivir juntos” (128).

Otro sentido de pertenencia es el que alentaron las letras del rock independiente español de los 90 para una generación de “gente abollada”. Esta es la tesis del capítulo que Jesús Peris Llorca dedica al análisis de las letras del grupo Surfin Bichos, escritas por F. Alfaro. En ellas, el autor constata la presencia de una serie de motivos y estrategias retóricas que sirvieron para elaborar un discurso disidente a la Cultura oficial de la Transición. El cosmopolitismo y las intertextualidades (“El astronauta bucea en ti”, 1994); la blasfemia sobre los referentes bíblicos (“Malaventuranzas”, 1989); la esquizofrenia (“King blood”, 1991); la pulsión de muerte (“El diablo adolescente”, 1994); la experiencia doliente (“Un perro feliz”, 1989) y sanadora del amor (“Aráñame con cariño”, 1989); las drogas (“De sol a sol”, 1994) o la soledad compartida por el indie maldito y sus cómplices marginales (“Vive el peligro”, 1989) fueron algunos de los aspectos que contribuyeron a crear una nueva mitología perversa con la que se identificaron los jóvenes de la clase media de los 90, quizá porque, como aventura Peris Llorca, a través de ellos se expresa un incipiente y confuso “malestar sin objeto” que va destapando “las alcantarillas de la modernización” (140).

Intencionadamente sórdidos son, asimismo, los relatos que produce el cine apocalíptico actual. Sobre sus convenciones e ideología reflexiona Luis Pérez Ochando. El autor subraya que las narrativas de ciencia ficción recientes tienden a mostrar futuribles que son incapaces de imaginar realidades alternativas y, por ende, se limitan a reproducir las lógicas del presente. Una de las premisas básicas de estos films es que el ser humano es violento por naturaleza y, por ello, dirigen el foco de atención hacia la lucha individual por la supervivencia, siempre amenazada por una alteridad. Sin embargo, en algunos casos se esbozan gestos de resistencia a la supuesta inevitabilidad del *bellum omnium contra omnes*. Pérez Ochando los revela en su análisis de *The purge* (James DeMonaco, 2013) y sus secuelas *Anarcy* (2014) y *Election Year* (2016). En ellas, nos encontramos con que no todos los personajes quieren participar de la anarquía *hobbesiana* y también con que, paradójicamente, el héroe se identifica con un grupo terrorista que se solidariza con los subalternos que el Estado trata de hacer desaparecer. Aunque estas películas no logran resolver el conflicto, dado que solo invierten los roles de cazadores y presas sin alterar el régimen cinagético, resultan interesantes en cuanto trazan tanto “los límites de nuestra imaginación colectiva” como “una

tendencia hacia el progreso –el rechazo democrático de la violencia– aún por realizar” (155).

Esa voluntad de impugnar el *ordo naturalis* de existencia que dictamina el programa neoliberal también aparece en algunas prácticas coreográficas de los últimos años. En torno a esta idea gravita la lectura que Miguel Ángel Martínez hace de la danza contemporánea. El autor sostiene que la precarización vital derivada del proyecto modernizador se ha consolidado merced a la creación de subjetividades y cuerpos mecanizados cuya actividad constante es un requisito para la propia existencia, y ello ha conducido a una situación de agotamiento tanto de los cuerpos como de sus tecnologías de control –entre ellas, la propia danza clásica–. Frente a este movimiento disciplinado, Martínez reivindica el proyecto *Danzad, malditos, danzad* del colectivo Gloria&Robert. Esta propuesta, basada en la película homónima de S. Pollack (1969), escenifica una pedagogía crítica en la que, a través del baile y de la proyección de datos, se informa e invita a reflexionar a los participantes y espectadores acerca del agotamiento que producen las formas de vida contemporáneas.

De forma paralela y con mayor incidencia, un movimiento globalizado que también está agotando los cuerpos es el de la “dieta occidental”. El capítulo de Mariví Martín Espinós incide en algunos de los aspectos más problemáticos de nuestra alimentación, que pueden resumirse del siguiente modo: comemos mal, con prisa y solos. En relación a ellos, explica, por ejemplo, que nuestro elevado consumo de alimentos procesados ha derivado en el incremento de enfermedades como la obesidad y la diabetes, especialmente en los sectores más pobres cuyos limitados recursos les permiten acceder solo a estos productos más económicos. También resalta la paradójica relación entre el ingente desperdicio de alimentos sanos y comestibles de la industria occidental y la situación de hambruna extrema que se vive en otras regiones del planeta, así como la privatización y banalización de la experiencia culinaria, que ha dejado de ser un ritual social, una forma de estar juntos, a constituir un acto individual que sigue una lógica eficientista.

El texto de Martín Espinós concluye con unas palabras que bien pueden servir de colofón al conjunto de la obra, puesto que en ellas se cifra la esperanza que motiva su escritura: “Si no queremos comer así, vamos a tener que aprender, indisciplinarnos, exponernos y ponernos en situación, afectarnos en lo íntimo, reapropiarnos de los símbolos y del cuerpo, volver a cocinar” (183). Desde la investigación académica y la responsabilidad cívica, *Cultura e imaginación política* es un ensayo que nos impele a asumir una crítica constructiva de nuestro tiempo, del modo en que el neoliberalismo interviene y controla nuestra percepción y experiencia de la realidad a través de la cultura, y traza una hoja de ruta posible hacia otras posibles experiencias estéticas catalizadoras de una ideología disidente: aquella que contribuye a liberar la imaginación política y a empoderar a los sujetos para readueñarse de su devenir común.

ENRIQUE ANDRADE-MARTÍNEZ  
Universitat de València  
enrique.andrade@uv.es